

REY DE REYES

SCOTT ANDERSON

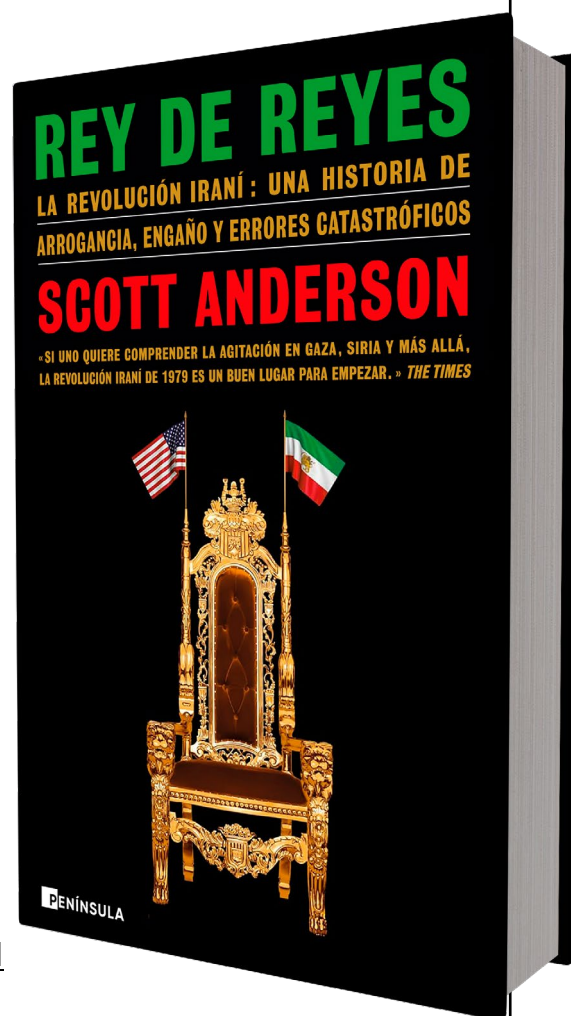
LA REVOLUCIÓN IRANÍ: UNA
HISTORIA DE ARROGANCIA,
ENGAÑO Y ERRORES
CATASTRÓFICOS

Uno de los mejores libros del
año según *The Wall Street
Journal*, *The Atlantic*, *The New
York Times* y *Kirkus*

A LA VENTA EL 11 DE MARZO

***Autor disponible para entrevistas**

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es

La gran crónica de la Revolución iraní que destapa la asombrosa candidez del Gobierno estadounidense, el auge del nacionalismo religioso y sus repercusiones en el mundo actual

En la víspera de Año Nuevo de 1977, el presidente Jimmy Carter brindó por Mohamed Reza Pahlaví, rey de reyes, y por el Estado de Irán, aliado clave de Estados Unidos en la Guerra Fría. En esos momentos, Irán tenía el quinto ejército más grande del mundo, una floreciente capital en expansión, enormes ingresos petroleros y una presencia policial que sofocaba cualquier voz disidente del régimen. Catorce meses después, sin embargo, el sah huía al exilio, derrocado contra todo pronóstico por una revolución religiosa liderada por un ayatolá llamado Jomeini. ¿Cómo es posible que Estados Unidos, con ingentes recursos procedentes de la CIA y miles de militares en la región iraní, no lo viera venir?

Con un estilo vibrante, ingenioso y sumamente preciso, Scott Anderson reconstruye la fascinante historia del colapso de una superpotencia política y revela cómo la Revolución iraní, que fue tan decisiva como la francesa o la rusa, prefiguró los enfrentamientos entre las masas religiosas y las élites en todo el mundo.

«Si uno quiere comprender la agitación en gaza o en siria, la revolución iraní de 1979 es un buen punto de partida.» *THE TIMES*

«Un libro excepcional e importante. Rara vez se combinan un periodismo tan sólido y audaz con una narrativa tan magnífica.» *THE NEW YORK TIMES*

«Scott Anderson es un historiador de primer nivel. Con su estilo ágil y su atención al detalle, consigue devolver a la vida épocas pasadas y personajes complejos.» *THE WALL STREET JOURNAL*

«Un relato lúcido de un hombre difícil y complejo, y su caída en desgracia autoinfligida.» *THE GUARDIAN*



EL AUTOR

SCOTT ANDERSON es un escritor y corresponsal de guerra estadounidense, reconocido por su periodismo narrativo y su enfoque histórico de los conflictos internacionales. Durante décadas ha cubierto guerras y crisis en Oriente Medio, África, Europa y Asia, con crónicas publicadas en algunas de las revistas más influyentes del mundo. Es autor de libros de no ficción como *Lawrence in Arabia*, *The Man Who Tried to Save the World* y *War Zones*, además de varias novelas, y colabora habitualmente con *The New York Times Magazine*, *GQ*, *Esquire*, *Men's Journal* y *Vanity Fair*.

ALGUNOS EXTRACTOS DEL PRÓLOGO

«Sobre las diez y veinte de la mañana del 15 de noviembre de 1977, dos helicópteros Sikorsky Sea King cruzaron a escasa altura el río Potomac y se dirigieron hacia la explanada de césped situada en la base sur del monumento a Washington. [...] A bordo de la aeronave principal viajaban el sah de Irán, **Mohamed Reza Pahlaví, y su esposa Farah**, así como un pequeño cortejo real.»

«El sah había recelado de realizar ese viaje, y por dos buenas razones. El año anterior, Carter había ganado las presidenciales con un discurso basado en el reformismo y la transparencia del Gobierno. Entre las medidas prometidas por el exgobernador de Georgia estaba volver a priorizar la lucha por los derechos humanos en el mundo y reconsiderar la venta de armamento estadounidense a los regímenes dictatoriales. Ambas promesas parecían colocar a Irán en una posición comprometida. En los años previos, varias organizaciones habían censurado con dureza el régimen del sah por su violación de los derechos humanos, e Irán era de lejos el mayor comprador de armas estadounidenses; adquiría casi la mitad de todas ellas. En privado, altos cargos de la Administración Carter le habían dado garantías al sah de que esas promesas tan nobles no iban por él, pero el líder iraní, lógicamente, se desvivía por escuchar esas palabras del presidente en persona.»

«Esa mañana yo también me encontraba en la Elipse, entre los agentes de policía y el puñado de periodistas que mediaban entre ambas facciones, en plena tierra de nadie. En ese momento tenía dieciocho años y trabajaba en la sede del Departamento del Tesoro, un edificio adyacente a la Casa Blanca, como ayudante especial del secretario del Tesoro. Pomposo título aparte, básicamente me dedicaba a hacer de chico de los recados, y como el secretario en funciones W. Michael Blumenthal requería poca ayuda con nada, yo consagraba gran parte de la jornada laboral a pasearme por la ciudad en busca de algo interesante que hacer. La mañana del 15 de noviembre de 1977, nada parecía revestir un mayor interés que el espectáculo montado en la Elipse.»

«Durante dos o tres minutos, que en ese momento parecieron muchos más, la Elipse fue testigo de una pelea callejera multitudinaria. Volaban puñetazos y patadas, la gente tropezaba y corría, o se arrastraba por el suelo, y era casi imposible discernir quién le estaba dando una tunda a quién. Tampoco pude determinar la facción a la que pertenecía el manifestante que, con un palo, me golpeó tan fuerte en la espalda que por un momento me hizo besar el suelo, aunque la energía del impacto me llevó a sospechar de uno de los cadetes militares, físicamente mejor dotados que los estudiantes universitarios de izquierdas. Cuando al fin llegó la policía con el gas lacrimógeno y las porras, no eran pocos los heridos que se hallaban desplomados por el césped.»

De los 4.000 estudiantes iraníes que se calculaba que habían acudido a Washington para manifestarse contra el sah, muchos eran de clase media y alta; y si esa era la opinión de

los que más provecho habían sacado del reinado de los Pahlaví, ¿qué dirían los que habitaban dentro de Irán y carecían de ese privilegio? Y aunque la mayoría de los manifestantes antisah se identificaban como personas de izquierdas, se les habían unido miembros de varios grupos musulmanes de tintes conservadores, de modo que entre los carteles que denunciaban al monarca por ser un fascista de derechas y un lacayo de Estados Unidos, había otros que lo acusaban de traicionar al islam. Algunos componentes de esta segunda categoría llevaban pan-cartas con el semblante de uno de los más feroces críticos del sah: un clérigo de avanzada edad prácticamente desconocido fuera de Irán, llamado Ruholá «Jomeini. ¿Cuándo había sido la última vez que Washington, o una capital de país, había visto a progresistas laicos y fundamentalistas religiosos marchando juntos por una causa común? Pero nadie se percató, o al menos nadie que estuviera en disposición de actuar. Más bien al contrario... En cuanto el sah se fue de Washington, la Casa Blanca empezó a planear la visita del propio presidente Carter a Irán. Se programó para al cabo de solo seis semanas con la idea de aprovechar mejor los progresos realizados. En esa segunda reunión, Carter repitió los elogios con que había agasajado al rey en la Casa Blanca, manifestando que, gracias al liderazgo del sah, «Irán es un remanso de paz en una de las regiones más inestables del mundo».

«De adolescente yo había viajado unas seis semanas por Irán con mi padre, durante una larga gira paternofilial por Oriente Medio y Asia central. Esa experiencia, unida a mi fastidiosa presencia en las manifestaciones de Washington de noviembre de 1977, me llevaron a adquirir un profundo interés por los históricos acontecimientos que se produjeron en Irán en ese año de revolución. Creo que un cierto escepticismo acrecentaba mi fascinación. Yo compartía el asombro, que otros mucho más eruditos en estos asuntos sabían expresar, por que un sofisticado Estado policial fuera completamente incapaz de restaurar el orden pese a todos los instrumentos de represión con los que contaba; por que, como signo de protesta, las mujeres de uno de los países más occidentalizados de Oriente Medio accedieran a volver a vestir el velo al que habían renunciado sus abuelas medio siglo antes. Como tantos otros, yo nunca pensé que el futuro de la dinastía Pahlaví estuviera realmente en duda hasta que de repente lo estuvo. Nunca imaginé que un linaje real que supuestamente se remontaba a dos mil quinientos años atrás pudiera derrumbarse con esa facilidad, hasta que sucedió. **Y huelga decir que nunca sospeché que la Revolución iraní adquiriría la profunda significación que ha adquirido, que su legado la convertiría en uno de los acontecimientos políticos más importantes de la Edad Moderna.»**

«En los cuarenta y seis años que han transcurrido desde que la revuelta fructificó, el mundo occidental y el islámico han librado lo que en ambos lados muchos consideran un enfrentamiento existencial, caracterizado por el fundamentalismo religioso revanchista y el terrorismo financiado por los Estados, de un lado, y por la paranoia y la xenofobia ultranacionalista, por el otro. La revolución ha influido en casi todos los

sucesos políticos y económicos de Oriente Medio desde entonces. Su mano se nota en todo, desde el conflicto árabe-israelí a las guerras de Irak y Afganistán, pasando por las políticas internacionales de comercio y energía.»

«La revolución provocó cambios drásticos en el tablero de Oriente Medio, y estos han dado pie a varias de las mayores meteduras de pata de Estados Unidos en la región en las últimas cuatro décadas: por citar solamente dos, la intervención de 1983 en Beirut, que se cobró la vida de casi trescientos soldados estadounidenses, y el beneplácito inicial que se concedió a la tiranía de **Sadam Huséin** en Irak. Además, esos cambios también han sido un factor crucial en la mayoría de los errores de cálculo de Estados Unidos: la desastrosa invasión de Irak en 2003, la chapucera intervención en la guerra civil siria y el auge del Dáesh. **Hoy, el fantasma de la Revolución iraní sigue condicionando la política exterior de Estados Unidos en parajes tan dispares de Oriente Medio como el Líbano, Yemen e Israel**; continúa siendo una fuente de división entre Washington y sus aliados europeos respecto a la mejor forma de lidiar con el actual y tan conflictivo programa de energía nuclear iraní; y supone un factor que dificulta mucho los esfuerzos occidentales por ayudar a Ucrania en su pugna contra los invasores rusos.»

«Nada de lo que he dicho se puede achacar directamente a la Revolución iraní, por supuesto, pero la oleada de protestas islámicas que expulsó al sah del poder en 1979 fue la primera contrarrevolución religiosa del mundo moderno que se impuso a las fuerzas del laicismo. Fue el inicio de un resurgimiento internacional del sectarismo que todavía sigue coleando. De hecho, si hiciéramos una lista de esas pocas revoluciones que han provocado un cambio a escala verdaderamente global en la era moderna — que causaron un cambio de paradigma en el funcionamiento del mundo—, a las revoluciones estadounidense, francesa y rusa, podríamos añadirles la iraní. Y a pesar de esa importancia, la insurrección iraní también se distingue por una paradoja curiosa: cuanto más atentamente se la estudia, más misteriosa e improbable se vuelve.»

«**En el plano internacional, el rey de reyes disfrutaba del apoyo incondicional de Estados Unidos, pero también había entablado una relación bastante estrecha con la superpotencia que tenía más cerca, la Unión Soviética, para asegurarse de que el Kremlin no intentaba desestabilizar la Corona.** El monarca sí tenía **enemigos en la región, sobre todo el régimen baazista en Irak y los radicales como Muamar al-Gadafi en Libia**, pero el Ejército iraní, el quinto más grande del mundo y equipado con el armamento más sofisticado que podía adquirir, era mucho más potente que todos esos países árabes de Oriente Medio juntos. El sah también tenía muchos vínculos, aunque discretos, con la otra gran potencia militar de la región: Israel. Si del mundo exterior hubiera dependido, en 1977 lo más seguro habría sido apostar a que los dos mil quinientos años de monarquía iraní podrían durar mil más.»

«Y aún hay otra peculiaridad de la Revolución iraní: el optimismo respecto al futuro del sah era compartido por casi todo el mundo, incluidos sus enemigos. En casi todas las revoluciones que prosperan, hay auténticos creyentes que confían en la victoria desde el principio — o al menos eso dicen luego—, pero en Irán esos creyentes escaseaban muchísimo. He conversado con muchos exrevolucionarios y casi todos me han confirmado que, prácticamente hasta el final del proceso, pensaron que su insurrección terminaría con algún tipo de pacto: un Gobierno de coalición civil, la supervivencia de la monarquía con poderes inmensamente reducidos, etcétera. Ninguno dijo haber esperado el resultado que se dio hasta poco antes de que se hiciera realidad.»

«Todo esto envuelve la Revolución iraní en un halo de misterio que se reduce a unos cuantos interrogantes clave. ¿Por qué el sah tardó tanto en responder a la amenaza? ¿Cómo pudo Estados Unidos ignorar de esa forma el peligro al que se enfrentaba uno de sus aliados más importantes, hasta el punto de que un presidente expresó su plena confianza en la vitalidad de ese aliado menos de un mes antes de su caída? ¿Y qué pasa con el ayatolá Jomeini? ¿Sencillamente tuvo suerte? ¿Era un fanático religioso iluminado que solo estuvo en el lugar indicado en el momento indicado? ¿O era un magistral titiritero que capitaneó con sigilo la revolución para alejarla de esa infinidad de resultados aparentemente plausibles para conducirla a una dictadura teocrática en la que él mismo fuera el líder supremo?»

«En la máxima cúspide, este es un relato sobre la acción — o la inacción— de tres hombres: el sah, el ayatolá **Jomeini** y Jimmy Carter. Pero lo asombroso es que las personas cercanas a estos tres líderes, que estaban al corriente de sus tribulaciones y que eran capaces de hacerles cambiar de opinión, también eran muy pocas.»

«El rey de reyes, en cambio, había creado tal cultura de servilismo en su palacio que incluso los indicadores económicos enojosos, como el aumento del desempleo o la tasa de inflación, se adulteraban sistemáticamente para que fueran más halagüeños. En Estados Unidos, hubo algunos en la CIA, el Departamento de Estado y el Pentágono que trataron de avisar del peligro inminente, pero como eran ovejas negras en la eufórica narrativa oficial respecto a Irán, sus advertencias fueron silenciadas o arrinconadas mucho antes de llegar al despacho del presidente o de sus más íntimos asesores. Es alucinante hasta qué punto las dos partes que más necesitaban entender y aplacar «las calles» de Irán cuando estalló la revolución, el sah y su aliado norteamericano, se habían colocado en una posición en la que ninguno de los dos entendía esa insurrección.»